



ANTONIO DOMÍNGUEZ HIDALGO

LOS CHEQUES

Selim era multimillonario. Muchos contaban haberlo conocido cuando apenas había llegado de su tierra; cuando a las duras tenía para comer y no era dueño de más propiedades que la ropa raída llevada puesta. Sin embargo, como la astucia formaba parte de su sangre, poco a poco, primero como abonero ambulante de pueblo en pueblo, medio hablando castellano y después, ya establecido, fue acumulando el producto de su esfuerzo que luego, con inteligencia, astucia y trato adecuado, se acrecentó.

Y de aquel Selim, adolescente de sucias ropas de manta e incipiente negro bozo, desembarcado en Veracruz en pos de la promisoría y legendaria América, ahora no quedaba absolutamente nada, sólo el nombre, porque ni en lo físico se parecía. Estaba desconocido.

Del joven alto, flaco, narigón y de famélica mirada insegura, poco existía. La delgadez se había convertido en abundancia de carnes y el hambriento reflejo de sus ojos, en penetraciones audaces, como para asegurarse de las ventajas o desventajas a que lo conduciría el trato con tal o cual persona.

Con ambiciosa frecuencia viajaba desde Tijuana, donde era el odiado propietario de más de una docena de maquiladoras, a las más diversas partes del país para efectuar diferentes negocios que concertados de modo ventajoso para él, siempre le dejaban aumentos no despreciables en sus posesiones.

El matrimonio nunca le había importado. Era un obstáculo, decía, y sólo le preocupaba la conservación de sus millones atesorados a fuerza de perseverancia, de privaciones, de disgustos y... sobre todo, de la constante lucha que tenía que realizar para no ser acabado por las ingratas obreras y los mugrosos obreros de sus fábricas, cuyas constantes peticiones de aumento en sus sueldos, le causaba profundos malestares.

—Si no fuera por nosotros que los ocupamos, ahora anduvieran muertos de hambre por

ahí... como acostumbran... emborrachándose y llenándose de hijos. — Comentaba enfurecido en reuniones con otros potentados y se revelaba en contra de las peticiones de sus trabajadores. — Si no les parece el sueldo, váyanse a otro lado. ¡Sobran quienes quieran el empleo! — y remataba con su perorata de siempre: — Yo sí conocí la miseria, no como ustedes, patrioterros. No más para no tener líos con su gobierno ladrón, los liquido, pero si fuera por mí... ni agua.

Acostumbrado a la riña cotidiana con sus empleados, aquella mañana Selim se había disgustado más que nunca, como pocas veces de las muchas. Fernando, su chofer, se había enfermado y no podía llevarlo hasta donde con urgencia necesitaba ir, así que él ahora se iba a ver obligado a conducir. No podía confiarse de un desconocido. El holgazán de Fernando se tuvo que enfermar ahora, nada menos que cuando más lo requería, ¡Con lo molesto de atravesar la Rumorosa y luego el desierto de Sonora! Siempre le había parecido abominable. Tal vez porque le recordaba sus lugares de origen y las miserias que había pasado en ellos. Y sin más quehacer, sólo conformarse, subió refunfuñando su hipopotamesca persona al lujoso automóvil de ocho cilindros y arrancó.

Selim manejaba sin dificultad. Durante bastante tiempo él lo había hecho sin necesidad alguna de sirviente. Por eso fue que todo transcurría con normalidad y hasta sentía un alegre cambio en su ser al comprobar que no se le había olvidado esa actividad sin mayor gracia. (¡Y pensar que cualquiera con esta vulgar tontería hace el gran negocio de ser chofer! ¡Gran sabiduría! Cualquier imbécil ignorante puede manejar y aprovecharse de las necesidades de los pobres diablos sin transporte para quitarles un buen dinero. ¡Bah!) Pensaba despectivo, como envidioso de las ganancias fáciles de quienes manejan taxis o camiones.

Haciendo berrinches mentales en contra de los choferes, había entrado a la región desértica desde hacía tres horas y amenazaba no tener fin. El sol reverberaba sobre las áridas tierras y las piedras distribuidas en desorden por la Naturaleza, parecían cobrar movimiento ante tanto calor. Uno que otro cactus aparecía de vez en cuando y en ocasiones se veían volar en sus eternos giros los negruzcos plumajes de los zopilotes. El tedio comenzó a invadir a Selim. Era sumamente cansado el trayecto y demasiado aburrido el paisaje. Él, que ya no estaba muy acostumbrado a manejar, se contradecía en su inicial entusiasmo manejador, comenzaba a resentirlo. Ni siquiera un solo carro se veía circular por esa carretera. Todo era nada. Acaso hubo un relámpago de odio en su cerebro por la ausencia de su chofer. (¡A causa de él...! ¡Hijo de puta!)

Un jaloneo comenzó a aparecer en el motor del automóvil y Selim se extrañó de ello. El auto era nuevo y de gran marca. Dos o tres veces lo había usado. No era posible que fuera a descomponerse. Quizás el calor sofocante del desierto había perjudicado la máquina. Pero, cómo... Y Selim tronaba los labios. El jaloneo se hizo más intenso y un tronido se escuchó, como si algo se hubiera roto. Una humareda salió por el cofre y el coche rodó unos cuantos metros más por el impulso natural de la velocidad a la que venía, hasta detenerse.

El motor había dejado de funcionar. Selim apretó los puños y murmuró algunas palabras. (¡Maldito Fernando!) Nada peor podía pasarle. Su rostro enrojeció de furia. No sabía que hacer. No llegaría a tiempo para el importantísimo negocio que planificaba. Perdería millones... Y hasta el aire acondicionado había dejado de trabajar. Parecía que la mísera máquina se había puesto de acuerdo para no continuar. Decidió bajar a revisar, tal vez no era algo importante y podría arreglarlo. ¡Y sin que pasara alguien por ahí! Como un golpazo sintió el aire hirviendo sobre su rostro. (¡El infierno en llamas...!) pensó (...como en mi tierra... cuando en caravana huíamos de los ambiciosos ingleses. Y yo era tan niño... tan desvalido.) No resistió lo candente de la

temperatura y regresó al interior del carro. Allí la frescura había desaparecido, quemaba. Se quitó la corbata y el saco. ¿Qué haría allí? ¿Cómo resolver la situación? ¡Y no saber si había algún poblado cerca!

Resolvió, a pesar del sol, ir por toda la carretera hasta encontrar alguien que lo ayudara. Debía pasar cuanto antes un automóvil. La insolación podría matarlo y él comenzaba a sentir miedo. Había luchado tanto para hacerse de su fortuna que deseaba gozar más tiempo con ella. No era posible. Debía salir a como diera lugar de esa situación.

Lentamente el carro fue quedando atrás. Selim volteó para verlo y maldecirlo: ¡Carro infeliz! Ya me la pagarán los que me lo vendieron. Van a ver. De mí nadie se burla. ¡Los arruinaré! Aunque me cueste bastante. No importa. Y seguía caminando con sus carnes auestas. El sol era irresistible. Jamás, ni allá en sus desiertos nativos, lo había sentido con tanto furor. Y en su caminata, como si fuera el momento de su muerte, recordaba hasta los mínimos detalles de su vida. Se veía niño, rodeado de miserias y de ruegos... de multitudes hambrientas y sin esperanzas. Reimaginaba a su madre mirándolo a él y a sus hermanos, sin hacer nada, sin poder hacer... Y a su padre, muerto aquella mañana por los asesinos del jeque traidor. El calor parecía aumentar, se sentía desfallecer y en sus recuerdos se contemplaba joven, en el puerto de la vieja Fenicia, subiendo al barco que lo transportaría a la tierra de promisión, entre decenas de ilusionados que se dirigían hacia allá... Y luego la llegada a este país y la lucha que comenzó en él para lograr lo que ahora tenía. ¡No! El sol no iba a lograr matarlo. ¡Y menos en un desierto! Por eso él había dejado su lugar de nacimiento, no había querido permanecer allá para no morir de hambre ni de impotencia; para no ser devorado, como muchos de los suyos, en las arenas estériles de la inmensidad arenal que constituían su antigua patria. ¡No! ¡No! ¡Lucharía! Lucharía en contra de ese sol que lo sofocaba y lo bañaba de sudores. ¡Lucharía...! Además... de un instante a otro, imaginaba, pasaría algún camión que le daría ayuda. Dentro de pronto... Sí, dentro de pronto... No tenía por qué desesperar.

Volteó hacia atrás como para ver su automóvil, pero había quedado ya muy distante. Entonces pareció ver a aquella hermosa muchacha de Guerrero que le había entregado toda su inocencia enamorada y que cuando ella le hizo saber de su embarazo, huyó como un infame hacia la California. La ardiente caminata le hacía retrotraer recuerdos que parecían haberse borrado de su vida. ¿Qué habría sido de ese hijo?

Había recorrido como diez kilómetros y ni la aridez ni el calor cesaban. De pronto no resistió más y ante su enorme obesidad cayó. Arrastrándose se dirigió hasta una roca que lograba hacer un poco de sombra y allí quedó como sofocado, como si un infarto... No supo cuánto tiempo. Cuando recobró el sentido era de noche. Una inmensa oscuridad lo rodeaba. El cielo lucía toda la esplendidez del universo y se extendía impresionante. Cual si quisiera succionarlo.

Selim se levantó como pudo y nuevamente fue hasta la carretera para proseguir su andanza. En ella iba cuando vislumbró a lo lejos las luces de un poblado. Una sonrisa iluminó su angustia y respiró el tibio aire nocturno que vagaba acariciador. Luego, corrió convulsionado como loco hacia su salvación...

Cuando la silueta de Selim se introducía a las primeras calles del pueblo, sus gritos pidiendo ayuda, rompían con el silencio monótono de la hora. Pero nadie parecía oír. Era extraño ese lugar. Parecía que nunca había transcurrido el tiempo en él, como si jamás hubiera evolucionado o estuviera en una edad sin historia.

La desesperación de Selim llegó al máximo y corrió hasta una de tantas puertas que se extendían a lo largo de la calle empedrada en la que iba y tocó. Un hombre, provisto de una tea y acompañado por una mujer y varios niños vestidos con cierta rareza para él, le abrió y algo pronunció.

Selim escuchó entonces algo semejante a preguntas en una lengua que sonaba a arcaica y que no entendía. Oía mencionar palabras jamás escuchadas. Selim intentó a su vez explicarle con presura lo que le acontecía, mas el hombre gesticulaba incomprensión y sorpresa entre la admiración de su probable familia. Frente a frente se encontraban, pero incomunicados.

— Vengo de Tijuana. Se descompuso mi automóvil. Dónde está el telégrafo. Tengo dinero. Pida lo que quiera. ¡Soy rico! ¡Auxílieme! — Atropellando los vocablos, Selim rabió desesperado y sólo cuando mencionó riquezas, el hombre intentó comprender y dio un potente grito.

De todas las casas comenzaron a salir individuos cuyas ropas eran antiguas. Sus rostros reflejaban exclamaciones. El hombre dijo a quienes iban llegando que el forastero tenía dinero y necesitaba ayuda. Todos afirmaron que se le concediera, pero antes debía distribuir la riqueza prometida en pago, para el bien de todos.

Selim comprendió y diseñó una sonrisa maquiavélica.

(—Dondequiera son iguales. Muertos de hambre que quieren enriquecerse de inmediato, sin mayor esfuerzo. ¡Holgazanes ambiciosos!—)

Dio hipócritas gracias y al mismo tiempo buscó en los bolsillos de su pantalón lo indispensable para pagarles. Sacó una chequera. Pidió algo con que escribir. El sujeto le dio un objeto semejante a un lápiz y Selim extendió tres cheques al portador por cantidad jamás despilfarrada por él.

Bien merecía su vida tal precio y más... Los hombres y las mujeres que lo rodeaban se veían extrañados. ¿Qué hacía ese hombre? ¿Dónde estaban las riquezas que les prometía y que ellos aprovecharían para el mejoramiento de la comunidad? No veían oro, ni plata, ni metal precioso alguno.

—Aquí tienen. Son diez millones para ustedes. Socórranme.

Todos comenzaron a reír, como si lo que les entregara no tuviera ningún valor para ellos.

— Son cheques. Valen tanto como dinero en efectivo. ¿O acaso son tan primitivos que no los conocen?— Aclaró ansioso Selim, mientras los hombres se retiraban irónicos y burlones.

Cuatro de ellos, altos, robustos y jóvenes, vestidos con una especie de overol, lo levantaron por la extremidades y en formidable carrera lo condujeron nuevamente hasta el desierto.

Selim pregonaba desesperado sus riquezas, imploraba piedad. Les ofrecía cantidades exorbitantes, ¡toda su fortuna! Pero ellos no hacían caso. Iba amaneciendo. Los cuatro hombres depositaron en la arena su carga de ofertas e iluminados por el día, dieron la vuelta y en rapidez increíble, regresaron a su población.

— Tengan el dinero. ¡Créanme! ¡Soy rico! ¡Infinitamente rico! ¡Riquísimo! — Selim gritaba como convenciendo, mas nadie lo escuchaba ya. Su voz se fue quebrando. Arrodillado en la arena, suplicante, veía angustiada a todas partes y sólo miraba el desierto, el desierto infinito.

Sollozante se dejó caer. Sus manos que apretujaban la chequera se abrieron sin fuerza y la soltaron. Los cheques firmados se desprendieron en el instante en que un viento leve y cálido comenzó como a sonreír y los iba dispersando. Selim agonizaba, tenía hambre, sed, estaba solo y el calor, en medio de pánico y llanto, aumentaba más y más y más... Algo como el pasado lo fue envolviendo y su corazón no resistió más.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

